

Un misterio, una
muerte y un
matrimonio

Mark Twain

UN MISTERIO, UNA MUERTE Y UN MATRIMONIO

A Murder, a Mystery and a Marriage

En 1876 Mark Twain propuso al director de la revista "The Atlantic Monthly" un audaz proyecto editorial. Siguiendo una trama trazada por el mismo, se propondría a una docena de autores (algunos ya consagrados como Bret Harte, otros noveles como Henry James) que escribieran un relato de similar extensión "a ciegas", es decir, desconociendo mutuamente lo que cada uno había escrito. El proyecto no fraguó, siendo su único fruto el relato de Twain, cuyo manuscrito permaneció durante décadas dormido, extraviado... Salvo una limitadísima edición de 16 ejemplares en 1945, el relato "Un misterio, una muerte y un matrimonio" permaneció inédito 125 años.

En los alrededores de una aldea remota y aislada del suroeste de Missouri vivía un viejo campesino llamado John Gray. La aldea llevaba por nombre Deer Lick. Era un poblacho de seiscientos o setecientos habitantes, aletargado y disperso. Los vecinos tenían la vaga noción de que en el mundo exterior existían cosas como los ferrocarriles, los barcos a vapor, los telegramas y los periódicos, pero carecían de experiencia directa con ellas, y no les despertaban mayor interés que el que pudieran suscitarles los asuntos de la luna. Ponían toda su alma en los cerdos y el maíz. Los libros utilizados en la anacrónica escuela del pueblo habían pasado ya por las manos de más de una generación; el reverendo John Hurley, el senil pastor presbiteriano, esgrimía aún los horrores

del infierno propios de una teología caduca; ni siquiera el corte de las prendas de vestir había cambiado desde tiempos inmemoriales.

John Gray, a sus cincuenta y cinco años, gozaba de la misma posición económica que cuando heredó su pequeña granja tres décadas atrás. Labrando sus tierras se ganaba escasamente el sustento, y con muchos sudores; de ahí no pasaba por grandes que fueran sus esfuerzos. En su día albergó ciertas ambiciones de fortuna, pero paulatinamente perdió la esperanza de amasarla mediante el trabajo de sus manos y al final se convirtió en un hombre hosco y desengañado. Le quedaba una oportunidad y nada más que una: encontrar un marido rico para su hija. Así pues, contempló con satisfacción la creciente confianza entre Mary Gray y el joven Hugh Gregory, ya que Hugh, amén de ser bondadoso, respetable y diligente, disfrutaría de una posición más que aceptable cuando a su anciano padre le llegara su hora. John Gray, por simple egoísmo,

animaba al joven; Mary le animaba porque era alto, honrado, apuesto y candido, y porque prefería el pelo rojizo y rizado a cualquier otro. Sarah Gray, la madre, le animaba porque Mary mostraba especial simpatía hacia él. Sarah habría hecho cualquier cosa con tal de complacer a Mary, pues vivía sólo por y para ella.

Hugh Gregory tenía veintisiete años, y Mary, veinte. Mary era una criatura de corazón puro, delicada y hermosa. Era cumplidora y obediente, e incluso su padre sentía afecto por ella en la medida en que podía sentir afecto por algo. Hugh pronto empezó a visitar a Mary todos los días. Si el tiempo acompañaba, daban largos paseos a caballo y por las noches sostenían amenas e íntimas conversaciones en un ángulo del salón mientras los padres y el joven hermano de Mary, Tom, se mantenían a distancia, sentados al amor de la lumbre sin prestarles atención. La natural acritud de John Gray empezó a atenuarse por momentos.

Gradualmente dejó de gruñir y reconcomerse. Su severo semblante adquirió una expresión satisfecha. Incluso sonreía de vez en cuando, a modo experimental.

Una tormentosa noche de invierno la señora Gray, radiante, llegó a la cama una hora después que su marido y dijo en voz baja:

—John, por fin hemos salido de dudas. ¡Hugh se le ha declarado!

—¡Repítelo, Sally, repítelo! —exclamó John Gray. Ella lo repitió—. Sally, me dan ganas de levantarme y gritar hurra. ¡No hay para menos! ¡Veremos qué dice Dave ahora! Ya puede hacer con su dinero lo que le venga en gana, lo mismo da.

—Tú lo has dicho, marido mío: lo mismo da. Y mejor así, porque, si había la más remota posibilidad de que tu hermano nos dejara su dinero, ya no la hay, pues odia a Hugh a muerte... Lo odia desde que, con malas artes, intentó apropiarse de la granja de Hickory Flat, y Hugh tomó cartas en el asunto para

impedirlo.

—Olvida el dinero que hayamos podido perder por parte de Dave, Sally. Desde el día que reñí con Dave, hace ya doce años, me ha aborrecido cada vez más, y yo lo he aborrecido cada vez más a él. Mujer, las riñas entre hermanos no se arreglan así como así. Él se ha hecho más y más rico, y yo lo aborrezco por eso. Yo soy pobre, y él es el hombre más rico del condado..., y lo aborrezco por eso. ¡Vaya un dineral iba a dejarnos Dave!

—Bueno, ya sabes cómo mimaba a Mary antes de que riñerais, y por eso pensaba yo que quizá...

—¡Bah! Eran mimos de viejo solterón. Mary no habría sacado nada de ahí, te lo aseguro. Y aun si hubiera podido sacar algo, eso ahora, como tú dices, se acabó, porque Dave no le daría un solo centavo sabiendo que podía ir a parar a manos de Hugh Gregory.

—Dave es un viejo tacaño, lo mires por donde lo mires. Ojalá Hugh pudiera

hospedarse en otro sitio cuando se queda a pasar la noche en el pueblo, y no bajo el mismo techo que David Gray. El padre de Hugh ha intentado convencerle una y mil veces de que traslade la oficina a otra parte, pero él se aferra al contrato de arrendamiento. Dicen que de buena mañana se planta en la puerta de la calle, preparado para insultar a Hugh en cuanto lo ve bajar por la escalera. Según me contó la señora Sykes, una mañana, hace alrededor de un mes y medio, oyó a Dave insultar a Hugh cuando pasaban por allí tres o cuatro personas. Daba por hecho que Hugh le rompería la crisma, pero no fue así. Hugh conservó la calma y sólo dijo: «Señor Gray, si sigue haciendo estas cosas, el día menos pensado acabará mal». Dave, con toda su sorna, contestó: «Sí, ya, no es la primera vez que me lo dice, pero... ¿por qué no *hace* usted alguna cosa? ¿Para qué habla tanto?»

—En fin, mujer, vamos a dormir. Tengo la impresión de que nuestra situación empieza por fin a enmendarse. Deseemos suerte y un

largo futuro por delante a Hugh y Mary..., *nuestros* hijos, que Dios los bendiga.

II

A eso de las ocho de la mañana siguiente, el reverendo John Hurley desmontó frente a la puerta de la casa de John Gray, ató el caballo y ascendió por los peldaños de la entrada. La familia lo oyó dar patadas en el suelo para sacudirse la nieve de las botas, y el señor Gray lanzó una burlona mirada a Mary y dijo:

—Me parece que Hugh llega un poco más pronto cada mañana, ¿no, cariño?

Mary se ruborizó y un destello de ufana satisfacción asomó a sus ojos, lo cual no le impidió correr a la puerta para dar la bienvenida... al hombre equivocado. Cuando el anciano clérigo se presentó ante la familia, anunció:

—¡Bueno, amigos míos, traigo una excelente noticia para vosotros!

—Así que eso nos traes, ¿eh? —dijo John Gray—. Suéltala, pues, Dominie, y luego con mucho gusto la superaré con otra noticia aún mejor.

Y dirigió una socarrona mirada a Mary, que bajó la cabeza.

—Bien, primero mi noticia y luego la tuya —propuso el anciano pastor—. Como sabes, David Gray lleva un mes en South Fork, atendiendo las propiedades que allí tiene. Y resulta que la otra noche se quedó a dormir en casa de mi hijo, y mientras charlaban salió a relucir que había hecho testamento hace más o menos un año, y ¿a quién dirías que deja hasta el último centavo de su fortuna? ¡Pues no a otra que a nuestra pequeña Mary aquí presente! Y te aseguro que en cuanto he leído la carta de mi hijo no he perdido ni un solo minuto. He venido derecho hacia aquí para informarte, porque, me he dicho, esto volverá a unir a esos hermanos distanciados, y gracias a Dios los veré otra vez en paz y armonía con estos viejos

ojos míos. Te he devuelto el afecto perdido en tu juventud, John Gray. ¡Supera eso con una noticia mejor si puedes! ¡Vamos, cuéntame esa buena nueva!

La vida abandonó por completo el rostro de John Gray, quedando sus facciones paralizadas en un visaje de angustia y consternación. Uno habría pensado que acababa de enterarse de un tremendo desastre. Se palpó la ropa, eludió las inquisitivas miradas fijas en él, intentó farfullar una respuesta y no consiguió articular palabra. La situación empezaba a ser embarazosa. Para aligerarla, la señora Gray salió al rescate:

—*Nuestra* buena noticia es que nuestra Mary...

—¡Cierra la boca! —ordenó John Gray.

Amilanada, la humilde madre enmudeció. Mary, perpleja, permaneció callada. El joven Tommy Gray se batió en retirada, como siempre que su padre sacaba el mal genio. No había nada que decir, y por consiguiente nadie

dijo nada. Por un momento reinó un silencio en extremo incómodo, y finalmente el anciano clérigo se marchó de allí con tal desazón y tan mal talante como un hombre que hubiera recibido un puntapié cuando esperaba un cumplido.

John Gray deambuló de un lado a otro durante diez minutos, alborotándose el pelo y mascullando para sí con saña. Después se volvió hacia sus amedrentadas esposa e hija y advirtió:

—Escuchadme bien. Cuando el señor Gregory venga por su respuesta, decidle que la decisión es *no*. ¿Queda claro? La decisión es *no*. Y si no tenéis valor para decirle que yo prefiero no verlo más por aquí, dejadlo en mis manos. Se lo diré yo mismo.

—Padre, ¿no hablarás en serio...?

—¡No quiero oír una sola palabra, Mary! Hablo muy en serio. Eso es todo. Asunto zanjado.

Dicho esto, abandonó resueltamente la

casa, dejando a Mary y a su madre con el corazón roto y lágrimas en los ojos. Era una clara mañana de invierno. El prado que se extendía desde la casa de John Gray hasta el horizonte era una alfombra de nieve homogénea y blanca. Continuaba tal cual había quedado tras la ventisca de la noche anterior, sin huella ni marca de ninguna especie.

Abriéndose paso a través de la nieve, John Gray se adentró en el prado, sin fijarse en la dirección que tomaba, ni importar-le. Sólo deseaba espacio para dar rienda suelta a su mente. Éste fue poco más o menos el hilo de sus reflexiones: «¡Maldita sea mi suerte! Esto tenía que pasar precisamente en el momento más inoportuno, cómo no. Pero no es demasiado tarde, no es demasiado tarde, todavía no. Dave pronto sabrá que no hay ningún fundamento en las habladurías sobre el noviazgo de Mary y Gregory... si es que han llegado a sus oídos. Pero no, me consta que no, porque si se hubiera enterado, la habría desheredado en el acto. No,

sabr  que nadie del clan de los Gregory puede atrapar a Mary..., ni echarle el ojo siquiera. Menos mal que ella nunca dar a el sí a Hugh ni a ningún otro hombre sin mi consentimiento. Mandar  a paseo al señor Gregory en un santiamén. Y además har  correr la voz con la misma rapidez.  Qu  es el dinero de Gregory comparado con el de Dave! Dave podr a comprar veinte veces a todos los Gregory y aún le sobrar a dinero. En cuanto se sepa por ahí que Mary heredar a la fortuna de Dave, podr a elegir a su antojo en seis condados a la redonda. Pero ésto qué es?  Era un hombre. Un hombre joven, a juzgar por su aspecto, de menos de treinta años, vestido con una indumentaria de inusitado estilo y tendido en la nieve cuan largo era. Inmóvil estaba; era de suponer que inconsciente. Llevaba un traje de apariencia cara, así como diversas alhajas y adornos sobre su persona. Caídos junto a él, había un grueso abrigo de piel y un par de mantas, y a unos pasos una bolsa de mano. En

torno a él, la nieve estaba un poco removida, pero más allá seguía intacta. John Gray echó una ojeada alrededor en busca del caballo o el vehículo que había transportado hasta allí al forastero, pero nada de esa índole había a la vista. Por otra parte, no se veían huellas de ruedas ni de caballo, ni de hombre alguno, salvo las pisadas que él mismo había dejado desde su casa. Era un auténtico enigma. ¿Cómo había llegado el forastero hasta aquel lugar, a más de un cuarto de milla del camino o la casa más cercanos, sin hollar la nieve ni dejar el menor rastro? ¿Acaso lo había arrastrado hasta allí el huracán?

Pero no era momento de indagar los detalles. Había que hacer algo. John Gray apoyó la mano en el pecho del forastero; aún lo tenía caliente. Se apresuró a frotarle las sienes heladas. Sacudió y zarandéó a su paciente, y le restregó la cara con nieve. Empezaron a advertirse señales de vida. La mirada de John Gray se posó en una petaca de plata caída en la

nieve junto a las mantas. La cogió y vertió parte del contenido en los labios del hombre. El efecto fue alentador: el forastero se agitó y exhaló un suspiro. John Gray prosiguió con sus esfuerzos; incorporó al hombre hasta tenerlo sentado, y en ese instante los ojos cerrados se abrieron. Su mirada vagó con expresión confusa y mortecina, hasta detenerse brevemente en el rostro de John Gray y cobrar un poco más de vida.

«Ojalá hablara», se dijo Gray. «Me muero de curiosidad por saber quién es y cómo ha llegado hasta aquí. ¡Bien, va a hablar!»

Los labios del forastero se separaron y, tras uno o dos esfuerzos, brotaron estas palabras:

—*Ou suis-je?*

En los ojos de John Gray se desvaneció la mirada de ávida expectación y su semblante delató manifiesta perplejidad. Se llevó una gran decepción. «¿Qué jerga será ésa?», se dijo. Para acelerar la vuelta en sí del forastero, le dio otro trago de la petaca. Los atractivos y foráneos

ojos, llenos de estupefacción, escrutaron por un momento los de John Gray, a lo que siguió esta pregunta:

—*Wo bin ich?*

John Gray lo miró boquiabierto y movió la cabeza en un gesto de negación. «No es cristiano», pensó, «quizá ni siquiera es humano. A no ser por la ropa, diría que no lo es, pero...»

—*¿Dónde estoy? Dove sonó? Gdzie ja jestem?*

El desconcierto de John Gray se reveló en toda su magnitud a través de la expresión de profundo fastidio que se propagó por su rostro, y el forastero percibió, con patente desaliento, que una vez más había fracasado en su empeño de hacerse entender. Forcejeó en vano por ponerse en pie. Mediante una sucesión de desenvueltos pero complejos gestos extraídos del alfabeto de los sordomudos, socavó aún más la ya vacilante razón de John Gray. Luego, utilizando una lengua extranjera particularmente barbárica, comenzó a increpar a Gray por quedarse allí de brazos cruzados y

con cara de imbécil cuando debía apresurarse a prestar toda la ayuda posible a un infortunado forastero. Gray habló por primera vez. Dijo:

—¡Cáspita, por fin está despierto! Y bien despierto, además. No hay duda de...

—¡Ah, es usted inglés! ¡Es inglés! ¡Estupendo! ¿Por qué no me lo ha dicho? ¡Vamos, écheme una mano! ¡Ayúdeme a levantarme!

¡Aún valgo menos que veinte cadáveres! ¡Abofetéeme, hágame friegas, pégueme una patada! ¡Déme coñac!

El atónito granjero obedeció las órdenes animosamente, aguijoneado por el imperioso tono del forastero, y entretanto el paciente le daba a la lengua sin parar, ora en un idioma, ora en otro. Finalmente avanzó un par de pasos, se detuvo y, apoyándose en Gray, dijo en inglés:

—¿Dónde estoy, amigo mío?

—¿Dónde está? Pues está en mi prado. Está en las afueras de Deer Lick. ¿Dónde creía que

estaba?

—¿Prado? ¿Deer Lick? —repitió el hombre con aire pensativo—. No conozco esos lugares. ¿En qué *país* estoy?

—¿En qué *país*? ¡Por todos los demonios! No está en *ningún* país. Está en Missouri. Y es el más glorioso estado de América, en mi opinión.

Admirado, el hombre apoyó las manos en los hombros de John Gray, lo mantuvo a distancia por un momento, lo miró fijamente a los ojos y luego asintió dos o tres veces con la cabeza, como si se diera por satisfecho. Una hora más tarde estaba acostado en la casa de John Gray, agitándose en un inquieto sueño, ardiendo de fiebre y murmurando con voz entrecortada, y sin cesar, en casi todas las lenguas menos el inglés. Mary, su madre y el médico del pueblo lo sometían a riguroso examen.

Nos saltamos seis meses y proseguimos con nuestro relato. El anciano clérigo había intentado por todos los medios unir a los dos hermanos, pero había fracasado. David Gray se había negado rotundamente a iniciar o acceder a cualquier tentativa de acercamiento. Según sus propias palabras, ningún miembro de la familia de su hermano le inspiraba la menor simpatía, excepto Mary.

Mary Gray se había permitido una cita furtiva con Hugh Gregory, únicamente para asegurarle que, hiciera lo que hiciera obligada por el respeto a su padre, su amor por Hugh permanecería sin tacha ni mengua mientras viviera. Se produjo un intercambio de retratos y rizos de pelo, una dolorosa despedida y un final. Los amantes se veían de vez en cuando en la iglesia y otros lugares, pero sólo en muy raras ocasiones cruzaban una mirada y jamás se

dirigían la palabra. Los dos parecían abatidos y cansados de la vida.

Entretanto el forastero había adquirido gran prominencia. Se había establecido como profesor de idiomas, música y un poco de todo lo demás que era nuevo y prodigioso para aquella provinciana comunidad. Por un tiempo guardó un misterioso silencio respecto a su origen, pero gradualmente, mientras se recobraba de su enfermedad, fue dejando caer algún que otro comentario a oídos de los Gray en privado. Cuando se recuperó por completo, sus visitas a la casa eran asiduas y bien recibidas, pues poseía unos refinados modales que despertaban la envidia y admiración de todos, y una elocuencia capaz de encandilar a una estatua. Se ganó la estima de Mary Gray con su caballerosidad, su consideración, la pureza de sus sentimientos, sus inagotables conocimientos y su adoración por la poesía. El matrimonio Gray quedó cautivado por el respeto, por no decir veneración, que

caracterizaba el trato hacia ellos del forastero. En cuanto al joven Tom, el forastero siempre lo maravillaba con prodigiosos inventos en la línea de los juguetes científicos, así que Tom era su incondicional aliado. Poco a poco el señor George Wayne —pues así se hacía llamar— se dio a conocer a los Gray confidencialmente, y confidencialmente ellos transmitieron la información a sus amigos en particular, quienes de inmediato la compartieron confidencialmente con la comunidad en general. Una noche, la señora Gray llegó a la cama con noticias frescas. Dijo:

—¡John, no imaginas qué conversación acabo de tener con el señor Wayne! ¿Quién lo iba a pensar? No se lo cuentes a nadie, ni una sola palabra. No lo dejes escapar ni siquiera delante de *él*, porque ha dicho que no convenía que se supiese.

—¡Desembúchalo ya, vieja chocha! Me callaré como un muerto.

—Bueno, ya sabes que siempre se ha

cerrado como una ostra cuando le preguntamos por su país de origen. A veces hemos pensado que era italiano, a veces español y a veces árabe. Pero no es nada de eso. Es francés. Así me lo ha dicho. Y no acaba ahí la cosa, ni mucho menos. Viene de una familia muy rica e importante.

—¡No! ¿En serio? Me lo figuraba. De verdad que me lo figuraba.

—Y tampoco acaba ahí la cosa. ¡Su padre es de la nobleza!

—¡No!

—¡Sí! ¡Y él también tiene título!

—¡Virgen santa!

—Él mismo me lo ha dicho, tan verdad como que ahora estás ahí tendido. ¡Es conde! ¿Qué te parece?

—¡Cáspita! Pero ¿por qué se marchó de su tierra?

—A eso iba. Su padre quería casarlo con una muchacha de alcurnia, por su fortuna y su refinamiento. Él se negó. Dijo que se casaría por

amor o no se casaría. Entonces tuvieron unas palabras. Luego las cosas se complicaron por cuestiones de política. Éste no es partidario del rey o el emperador o lo que quiera que sea, y el asunto salió a la luz, y él tuvo que abandonar el país. No puede volver hasta dentro de dos años, cuando termine la condena, o lo meterán en la cárcel y, además, se lo harán pagar con creces.

El señor Gray se incorporó en la cama, visiblemente exaltado.

—Mujer, que me quede muerto aquí mismo si no es verdad que me he dicho cuarenta veces: «Este fulano es rey o algo por el estilo». ¡Ya lo creo que sí! Sencillamente lo sabía; algo parecía indicármelo. ¡Pero, diantre, esto viene caído del cielo!

—Pues yo también he tenido siempre la impresión de que no era un hombre vulgar y corriente.

—Mujer —en voz baja—, ¿no te has dado cuenta de que le ha echado el ojo a nuestra

Mary? Dime: ¿No te has dado cuenta?

—Pues, como tú dices, alguna vez se me ha pasado por la cabeza... pero, claro, él es un hombre de tan alta posición y tan rico...

—Eso no importa. ¿No le dije a su padre que nunca se casaría si no era por amor? Anímallo, con eso basta. Y yo también lo haré, por descontado.

—Pero, marido mío, Mary se consume aún por el pobre Hugh... y si al menos fuera posible, desearía...

—¡Al diablo el pobre Hugh! Hicimos bien en librarnos de él. Hicimos muy bien. Quieres lo mejor para tu hija, ¿no? También yo lo quiero. ¡Imagínala convertida en esposa de un aristócrata! ¿Crees que tardaría mucho en olvidarse de Hugh Gregory? Pues claro que no. Y dime, ¿cuál es su verdadero nombre?

—Recuerda, marido, que no debes decírselo a nadie. Es el conde Hubert duu Fountingblow. ¿No te parece un nombre encantador?

—¡Ya lo creo que sí! ¡Qué no daría yo por un nombre como ése! ¡Y ya ves el mío, John Gray! ¡No le pega ni a una rata! Escúchame bien, Sally. No nos conviene decirle a nadie que es conde. A nadie. Todas las chicas en cuarenta millas a la redonda le irían detrás.

Continuaron de charla, y al poco rato la conversación tendió hacia las relaciones entre el conde y Hugh Gregory. Por lo visto, los dos jóvenes habían entablado una estrecha amistad y se visitaban mutuamente con frecuencia. Según había oído decir la señora Gray, el conde había intentado en repetidas ocasiones reconciliar a Hugh y al viejo David Gray, fracasando una y otra vez. David había tomado cierto afecto al conde, y le complacía recibirlo en su despacho y hablar con él, pero se negaba en redondo a hacer las paces con el joven Gregory

Al poco rato los señores Gray quedaron en silencio, y empezó a vencerlos el sueño. En ese punto John Gray se agitó de pronto y, con voz

ronca, susurró al oído de su esposa:

—Una cosa más, Sally. Desde el día que encontré al joven señor Fountingblow ahí fuera, en la nieve, todos lo hemos acosado de una u otra manera para que explique cómo llegó hasta allí sin dejar huellas, pero él siempre se calla y cambia de tema. A ver, ¿cómo llegó allí? ¿Lo ha dicho?

—No. Ha dicho que prefiere contarlo más adelante. Ha dicho que podía correr la voz, y que tiene buenas razones para no querer que se sepa. Pero ha dicho que *nos* lo contará más adelante.

—Bueno, de acuerdo, si no hay más remedio. Aguantaré un tiempo más, pero me muero de ganas por saberlo.

IV

Había una filtración en alguna parte. Una semana más tarde el «conde de Fontainebleau» y su extraordinaria fortuna eran la comidilla

del pueblo. Se decía asimismo que el conde prodigaba atenciones a Mary Gray abiertamente, y que John Gray y su esposa —él con insistencia y ella sin mucha convicción— rogaban a Mary que considerara con actitud favorable su petición de mano.

La verdad era que Mary se hallaba en un considerable aprieto. Se esforzaba por acomodarse a los deseos de sus padres, pero de noche y en secreto no podía resistirse a besar cierto retrato y llorar ante cierto rizo de pelo.

Un día el conde pasó una hora con David Gray, en el despacho de éste, charlando acerca de diversos asuntos. Gradualmente, dirigió la conversación hacia el tema del matrimonio, y se disponía por fin a hablar de sus esperanzas respecto a Mary Gray cuando de pronto otras cuestiones reclamaron la atención de David fuera de allí. En el aburrimiento de la espera, el conde se entretuvo con la inspección de los documentos esparcidos sobre la mesa o a la vista en cajones parcialmente abiertos. Leyó con

gran interés un papel en concreto y a continuación dijo:

—No estaba de más asegurarse, y ahora he salido de dudas. Era un falso rumor.

Salió de allí y se encaminó hacia la casa de John Gray. Preguntó por Mary y le informaron de que se hallaba en el huerto. Allí fue, y recorrió las sendas hasta que, en un recóndito rincón, vio asomar parte de un vestido femenino tras un árbol al pie del cual había un rústico banco con espacio suficiente para dar asiento a dos personas, que había sido de gran utilidad en los últimos doce meses. Se acercó y apareció de pronto ante Mary. Ella se apresuró a ocultar el retrato de Hugh Gregory en la pechera y luego se levantó llevándose el pañuelo a los ojos, ya que estaba llorando.

—Mary, mi estimada, mi adorada amiga — dijo el conde, cogiéndole la mano con su habitual refinamiento—, tu pobre corazón se desgarró, y soy yo la causa. Quiso la fatalidad que te conociera antes de saber que amabas... a

otro. Verte fue amarte. Eso era inevitable. Después, cuando descubrí que tu padre había prohibido esa boda, comprendí que mi amor por ti no podía seguir causándoos tan grave perjuicio a ti y al pobre Hugh. Albergaba la insensata esperanza de que, con el tiempo, quizá llegara a encontrar un hueco en tu corazón. Pero sospecho que nunca podrá ser. Tus lágrimas, tu dolor, son para Hugh, y Dios sabe que es el justo acreedor. Debo apartarme de ti. Por tu propio bien, puesto que te quiero más que a mi vida, mi fortuna, mi buen nombre..., más que a mi alma..., debo imponerme este imposible. ¡No hables, te lo ruego! Sería incapaz de escuchar la música de tu voz y mantenerme firme en mi determinación. Soy un ser dominado por los impulsos. El espectáculo de tu aflicción, este momento del que he sido testigo, ha generado en mí de pronto la fuerza necesaria para llevar a cabo tal sacrificio, y con igual prontitud debo realizarlo y privarme de la visión de tu rostro y

el sonido de tu voz, o flaquearé. Me voy. Haré el colosal esfuerzo. Sólo pido a Dios que me conceda una muerte rápida. ¡No, ni una palabra! ¡Ni una palabra, te lo suplico! Adiós, te dejo, amada mía. Querida mía, querida mía, adiós, y que Dios te proteja.

Al instante corrió hacia la casa, cubriéndose el rostro con el pañuelo. Mary Gray se quedó allí de pie, como paralizada, y lo observó alejarse hasta que se perdió de vista. Luego, entre sollozos, dijo:

—¡Oh, qué poco lo conocía! Es mil veces más noble por propia naturaleza de lo que pudiera serlo como descendiente de la más alta alcurnia y el más rancio abolengo. Hace cinco minutos casi lo odiaba. Ahora... ¡Válgame, ahora casi podría... amarlo! ¡Oh, respetaré, honraré, veneraré todos los días de mi vida a ese hombre de corazón grande, noble y puro!

Durante tres días los GRay no vieron al conde. El padre y la madre sentían cierta extrañeza, pero apenas hacían comentarios al respecto, porque advertían una notable mejoría en el ánimo de Mary, y eso les inducía a pensar que las cosas iban por buen camino entre ella y el conde.

Hacia el atardecer del tercer día, el conde mantenía una breve conversación con David Gray en una esquina del pueblo, cuando Hugh Gregory pasó de largo frente a ellos, se detuvo, vaciló, retrocedió y preguntó al conde si pensaba volver a su habitación en ese momento. Anticipándose al conde, David Gray dijo:

—Conde, no pierda el tiempo conmigo habiendo personas más puras y amables con quienes relacionarse. Por mí, puede marcharse ahora mismo.

—¿Eso es una alusión a mí, caballero? — preguntó Hugh.

Varios transeúntes se detuvieron a escuchar.

—Sí, es una alusión a usted, encanto. No se ha parado para decirle eso al conde. Se ha parado con la intención de provocarme. Es así, y usted bien lo sabe. Siempre hace lo mismo. Quizá cree que no le conozco. Era otro idéntico a usted el que pretendía a Mary Gray, ¿no? Y además por amor, supongo; no tenía la más remota idea de que me proponía dejarle mis modestos ahorros. ¡No, claro que no! Pero voy a darle una lección, jovencito. Si vivo cuarenta y ocho horas más, haré otro testamento y excluiré a Mary Gray. No me mire con esa cara, amigo mío; no pienso tolerárselo.

—Es inútil discutir con un lunático —dijo Hugh con forzada serenidad—. Vale más que me...

El irascible anciano descargó un golpe de bastón a Hugh en la cabeza cuando se daba

media vuelta, y Hugh se tambaleó e interrumpió su frase a medias. Al instante el puño de Hugh partió de su hombro como una bala y dejó a David Gray tendido en tierra cuanto largo era. En un arrebató de cólera, Hugh se abalanzó hacia adelante para proseguir con el ataque, pero varias personas lo sujetaron y alejaron de allí, pese a que él forcejeaba para zafarse y exclamaba:

—¡Dejádmelo! ¡Dejádmelo! ¡Me ha insultado cincuenta veces sin compasión y nada me impedirá ajustarle las cuentas!

VI

A eso de las diez de la mañana siguiente el conde entró en la casa de John Gray, y el corazón de John Gray se alegró una vez más. Su excelencia ofrecía un aspecto demacrado, exhausto y abatido. Dijo:

—Ausentarme de esta casa es para mí un suplicio. Sólo aquí se encuentra la felicidad. Mi

corazón se consume. ¡Permítame ver a Mary! Su plegaria fue atendida sin dilación. Apareció Mary. Los demás se retiraron. El conde dijo:

—Tenía que venir. No podía vivir donde tú no estuvieras. He intentado con todo mi empeño renunciar a ti, por tu bien, pero era superior a mis fuerzas. Mírame: observa en cada pelo de mi cabeza y cada rasgo de mi cara el testimonio de los tormentos que he padecido. No podía conciliar el sueño; no hallaba reposo. He venido para abandonarme a tu merced, para implorarte compasión, para suplicarte por mi vida. No puedo vivir sin ti. Lo he intentado con todo mi empeño, cruel empeño, y he fracasado. Apiádate de mí.

La compasión de Mary se vio sacudida hasta lo más hondo, y sus lágrimas cayeron como lluvia. Trató de pronunciar unas palabras de consuelo. Él contestó con vehementes súplicas. Así prosiguió aquella conmovedora pugna, hasta que John Gray irrumpió en el salón y exclamó:

—¡David ha sido asesinado! ¡Hugh Gregory está en la cárcel acusado del crimen!

Mary se desvaneció.

El caos se adueñó del pueblo durante todo el día. Se suspendieron todas las actividades. Una muchedumbre permaneció horas y horas frente a la oficina de David Gray, comentando el asesinato y aguardando pacientemente una oportunidad para entrar y echar una ojeada al siniestro espectáculo. El muerto yacía en un mar de sangre. Los muebles patas arriba indicaban que se había producido una violenta pelea. En el escritorio había una hoja de papel pautado en la que David Gray había iniciado una frase, pero no vivió para concluirla, a saber: «Yo, David Gray, en pleno uso de mis facultades mentales y...»

Cerca del cadáver se halló un jirón de tela que coincidía exactamente con el fragmento arrancado del faldón del abrigo de Hugh Gregory; en el pantalón de Hugh se descubrieron minúsculas gotas de sangre; allí

estaba la frase inicial de un testamento que había de barrer la potencial fortuna de la muchacha con quien Hugh Gregory aspiraba a contraer matrimonio algún día; corrían rumores de que en los últimos tiempos el padre de Hugh andaba metido en peligrosos apuros económicos; el altercado de la tarde anterior era ya de dominio público; alguien sacó a relucir que Hugh en una ocasión había dicho que si David Gray seguía injuriándolo e insultándolo «el día menos pensado acabaría mal».

Caía por su peso que Hugh Gregory era el asesino. Eso todos lo reconocieron, mal que les pesara. No obstante, la mayoría de la gente opinaba que no había actuado movido por sórdidos impulsos, sino por un incontenible deseo de venganza tras soportar continuadas ofensas durante mucho tiempo. Hugh se declaró inocente sin el menor titubeo, pese al fatídico cúmulo de pruebas circunstanciales que lo señalaban como culpable. Su declaración de inocencia pareció tan sincera que algunos

vecinos del pueblo dudaron momentáneamente de sus conclusiones previas; pero sólo momentáneamente, porque alrededor de media tarde se encontró un cuchillo ensangrentado — propiedad de Hugh, como muchos sabían— oculto en el colchón de plumas de su cama. Una insignificante mancha roja en la funda del colchón reveló la diminuta incisión practicada en la tela a fin de introducir el cuchillo.

Después de eso ni un solo ser humano creía ya que Hugh Gregory estuviera libre de culpa, excepto Mary Gray, y también su confianza empezaba a flaquear. Hugh le envió una carta implorándole que conservara la fe en su inocencia, porque con toda seguridad Dios la pondría de manifiesto cuanto tuviera a bien y fuera el momento oportuno, pero esta carta llegó a manos de John Gray y no fue más allá. Durante varios días, Mary Gray, sumida en la mayor congoja, esperó la respuesta a una nota que ella había escrito a Hugh para rogarle que le mandara unas palabras de consuelo; pero la

respuesta no llegó... a ella. Tommy Gray había prometido llevarse furtivamente la carta de Mary y entregarla en propia mano a Hugh, y cumplió su misión. Pero Gray padre tenía vigilado al muchacho; interceptó la respuesta y, sin grandes esfuerzos, intimidó a su hijo hasta el punto en que éste informó con mucho gusto a Mary de que Hugh había arrugado la carta de ella entre sus manos y declarado que si de verdad lo amara, estaría removiendo cielo y tierra para salvarlo en lugar de malgastar un tiempo precioso en interrogatorios acerca de su culpabilidad o inocencia. Siguieron días y noches de angustia, sin más consuelo para Mary que aquel que pudiera extraer de las delicadas atenciones y amables palabras del conde.

A la postre, abandonó toda esperanza y se resignó a la amarga convicción de que Hugh Gregory era culpable. Su madre compartía con ella esa misma convicción. Por tanto, el nombre de Hugh Gregory no volvió a mencionarse en

aquella casa. Aun así, Mary descubrió que el asesinato no podía matar el amor. Continuaba enamorada de Hugh Gregory; era un amor que no decaería. Pero nunca podría casarse con él, se decía Mary. Tomaría las cosas tal como vinieran, se decía. Ya no le importaba qué pudiera depararle el destino.

Con el paso de las semanas, aprendió a sentirse a gusto con el conde, porque encontraba mayor alivio a las tribulaciones en su compañía que en la de cualquier otra persona.

Nos llevaría mucho tiempo contar en detalle los ruegos, súplicas y cavilaciones que al final minaron la resistencia de Mary Gray y la impulsaron a consentir en casarse con el conde de Fontainebleau. La fortuna que había pasado a manos de Mary —y por tanto de toda la familia— tras la muerte de su tío no hizo más que avivar el deseo de su padre de mejorar su posición y codearse con la aristocracia extranjera. Un día se planteó la necesidad de

fijar una fecha para la boda. Con hastío, Mary dijo:

—Decididla vosotros. A mí me trae sin cuidado. Me basta con que me dejéis un poco de tiempo para descansar.

Se acordó celebrar la boda el 29 de junio en casa de John Gray, en la más estricta intimidad. A partir de entonces Mary Gray no volvió a salir de la casa ni vio a nadie excepto a su familia y al conde. Las noticias diarias y las habladurías del pueblo nunca se mencionaban en su presencia. En cuanto al futuro, sólo una cosa tenía interés para ella. Le habían asegurado que el juicio de Hugh se atrasaría uno o dos años gracias a las estratagemas de los abogados, y que probablemente no sobreviviría tanto tiempo, ya que su salud, por alguna razón, comenzaba a quebrantarse.

Pero en realidad el juicio tuvo lugar muy pronto, hecho que le ocultaron a Mary. El veredicto de culpabilidad se emitió el 22 de junio. El día designado para la ejecución en la

horca fue el 29 de junio..., ¡la fecha de la boda!

¡Desconcierto! ¿Qué debía hacerse? ¿Aplazar la boda? No. No sería necesario. El pueblo había recibido la noticia con consternación. David Gray había sido un hombre detestado por la mayoría; Hugh Gregory gozaba del general aprecio. La gente confiaba en que todo quedara en un veredicto de homicidio sin premeditación y un tiempo en la cárcel. Los mensajeros corrían ya campo a través hacia la capital. Sin duda le conmutarían la pena o quizás incluso le dieran la absolución. ¿Por qué, pues, aplazar la boda? Mary nada sabía del veredicto, ni siquiera del juicio.

VII

Nadie se sentía a gusto entre el grupo reunido en casa de John Gray a última hora de la mañana del 29 de junio, porque todos menos Mary sabían que no había llegado el indulto. Incluso John Gray se estremecía al pensar en

entregar a una incauta muchacha en matrimonio al hombre al que no amaba, mientras el hombre al que amaba caminaba hacia una muerte vergonzosa. La señora Gray guardaba cama desde hacía una semana, postrada por el temor a que se extraviara la carta con la notificación del indulto. El anciano clérigo se había negado a officiar, y para sustituirlo se había recurrido a un forastero de paso. John Gray había salido a recibirlo a la puerta, para advertirle que no estropeará el júbilo de la ocasión con alusiones al triste suceso que estaba desarrollándose en el pueblo. Con tono cauto, el forastero dijo:

—No tiene necesidad de advertírmelo. Nadie podría mencionar una cosa así en un momento como éste. He pasado por delante del patíbulo. Se había congregado allí el pueblo entero. Nadie estaba indiferente; lloraban todas las mujeres y algunos hombres. El joven estaba de pie en lo alto del patíbulo, entre los alguaciles, y la sogá se mecía en el aire sobre su

cabeza. Aunque pálido y demacrado, permanecía erguido como un hombre honrado. Y además ha hablado. Ha proclamado su inocencia. Ha dicho que las suyas eran las palabras de un hombre a las puertas de la muerte y que a ojos de Dios no era culpable de nada. Alrededor todos han empezado a gritar: «Te creemos, te creemos». Dos veces ha dicho que estaba preparado, y los alguaciles han cogido la sogá y el capuchón negro, pero en ambas ocasiones se ha desatado un gran vocerío: «¡Esperad, esperad, por amor de Dios! ¡Aún llegará el indulto, llegará la absolución!» Por todas partes he visto a gente encaramada a las carretas y las ramas de los árboles, protegiéndose los ojos del sol con la mano para otear la llanura y anunciando a cada rato: «¡Allí! ¿No es eso un hombre a caballo?... No... Sí... Allí a lo lejos se ve desde luego un punto negro... Tiene que ser un caballo». Pero siempre acababa en decepción. Al final, los alguaciles han cubierto la cara del pobre muchacho con el

capuchón negro, y la multitud ha prorrumpido en tales lamentos que no he podido resistirlo más. Me he escapado. ¡Cuánto aprecian a ese pobre desdichado! ¡Cuánta compasión ha arrancado de los corazones de las madres!

El pastor y John Gray entraron en el salón. Tras impartirse una bendición, Mary se puso en pie, pálida y apática, entre el conde de Fontainebleau y su padre. La ceremonia de boda prosiguió:

—Hubert, conde de Fontainebleau, ¿tomas a esta mujer por legítima esposa y prometes amarla, honrarla y respetarla hasta que la muerte os separe?

El conde inclinó la cabeza.

—Mary Gray, ¿tomas a este hombre por legítimo esposo y prometes serle fiel...?

Desde hacía unos segundos llegaba a oídos de los presentes un rumor lejano, y aumentaba rápidamente de volumen, como si su origen se aproximase. De pronto dio paso a una serie de clamorosos vítores, ya muy cercanos, y al cabo

de un instante irrumpió en la casa una tumultuosa muchedumbre, con Hugh Gregory y los alguaciles en cabeza.

A Mary Gray le bastó una sola mirada para leer la gozosa verdad en los ojos de Hugh, y un momento después estaba entre sus brazos. Simultáneamente los alguaciles prendieron al conde de Fontainebleau y lo esposaron. John Gray, mudo de estupefacción, tuvo que expresar sus dudas con el semblante. Un alguacil dijo:

—Tranquilos. Todo en orden. Este mal bicho cometió el asesinato. Tenía un compinche, y el compinche se ha ablandado y ha cantado al ver a Hugh a punto de ser colgado. Lo ha contado todo, y justo cuando terminaba ha llegado el indulto del gobernador. Me he permitido venir a molestarles, porque naturalmente este individuo es el hombre a quien primero me interesaba ver.

—Por mi parte —dijo Hugh—, no hay necesidad de explicar por qué era aquí donde

primero quería venir y mostrar el rostro de un hombre inocente.

El pastor se retiraba discretamente.

—¡Alto! —exclamó John Gray—. ¡Sigamos adelante con la boda! ¡Poneos en pie, Mary Gray y Hugh Gregory, y que me caiga muerto si por mi cabeza vuelve a pasar un solo pensamiento mezquino mientras me llame John Gray! Ahí llega la madre. Ya no falta nada, pastor, así que ahora ponga el yugo y póngalo bien sujeto.

VIII

CONFESIÓN DEL CONDE

Condenado a muerte por el asesinato de David Gray, que cometí hace un año, escribo esta verídica crónica de mi vida. Me llamo Jean Mercier. Nací en un pueblo del sur de Francia. Mi padre era barbero. Yo aprendí el oficio y lo ejercí por un tiempo. Pero poseía talento y

ambición. Sin ayuda de nadie, me instruí yo mismo en una especie de educación universal. Aprendí muchos idiomas, llegué a un alto nivel en el campo de las ciencias y desarrollé una aptitud más que considerable como inventor y mecánico. Me adiestré en la navegación por mar. Más adelante probé suerte como guía, como cicerone. Llevé turistas por todo el mundo. Finalmente, en mala hora, caí en manos de un tal monsieur Jules Verne, escritor. Ahí empezaron mis tribulaciones. Me pagó un buen salario y me mandó de aquí para allá a bordo de toda clase de odiosos vehículos. Después escuchaba mis aventuras y hacía un libro a partir de cada uno de mis viajes. Eso no habría sido censurable si se hubiera ceñido a la realidad; pero no, a él no le bastaba y tenía que agrandarla. Transformó mis simples experiencias en insólitos y tergiversados portentos. No puedo expresar con palabras la humillación que eso representó para mí, ya que yo era muy puntilloso en cuestiones de

veracidad y honradez... por aquel entonces. Todos mis amigos conocían mi empleo; pensaron que aquellas atroces narraciones habían sido transcritas tal cual yo las había contado, y uno por uno me retiraron primero el crédito y luego la palabra. Me quejé a monsieur Verne en repetidas ocasiones, pero de nada me sirvió. Aquel monstruo me envió río Sena abajo en una barcaza vieja y agujereada; cuando regresé, escuchó mi relato, se puso manos a la obra y lo agrandó hasta producir ese lamentable libro titulado *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Después compró un globo de segunda mano y me hizo subir en él. Aquella vieja bolsa se elevó en el aire, recorrió unas doscientas yardas y se vino abajo, yendo a caer en un ladrillar, y yo me rompí una pierna. El resultado literario de ese viaje fue el libro que lleva por título *Cinco semanas en globo...* ¡Cruel engaño! Me obligó a realizar un par de cortos y absurdos vuelos más en aquel maltrecho artefacto y escribió descabellados libros al

respecto. Más adelante me envió desde París hasta un mísero pueblo en la otra punta de España, y en una carreta tirada por bueyes. Pasé casi un año por esos caminos, y estuve a punto de morir de desánimo e inanición antes de volver. ¿Y cuál fue el resultado? ¡Pues *La vuelta al mundo en ochenta y cinco días!* Remendó su patético globo y volvió a mandarme de viaje una vez más. Me quedé suspendido entre las nubes sobre París durante tres días, esperando a que soplara el viento, y luego caí de pronto en el río, pillé unas fiebres y tuve que guardar cama más de tres meses. Mientras yacía enfermo, me atormenté pensando en mis desgracias y poco a poco ciertas especulaciones criminales comenzaron a resultarme familiares... o gratas, debería decir. Cuando me recuperé, me anunció que había equipado a la perfección el globo, y tenía el propósito de acompañarme en la siguiente expedición. Me alegré. Acariciaba la esperanza de que nos rompiéramos los dos el cuello. Monsieur Verne

cargó en el globo su bolsa de viaje, su abrigo de piel y el resto de su elegante vestuario, junto con abundantes provisiones, bebida e instrumentos científicos. En el momento en que partíamos, puso en mis manos su tergiversación de mi último viaje, un libro titulado *La isla misteriosa*. Lo hojeé, y aquello fue la gota que colmó el vaso. El aguante de la naturaleza humana tiene un límite. Tiré a monsieur Verne del globo. Debió de caer desde una altura de cien pies. Confío en que encontrase la muerte, pero no tengo constancia de ello. Como es lógico, no deseaba ir a la horca, así que arrojé al vacío los instrumentos científicos para aligerar el peso de la nave. A continuación me vestí con las exquisitas ropas de monsieur Verne y comencé a deleitarme con sus manjares y vinos. Pero había aligerado más de la cuenta el peso de la nave. Ascendí a tal altitud que el sueño se apoderó de mí; y finalmente perdí el conocimiento. A partir de ese instante no me supe enterar de nada hasta que

desperté en el prado de John Gray, tendido en la nieve. Ignoro qué fue del globo. Pero sí sé, por las fechas, que viajé de Francia a Missouri en dos días y veintiuna horas. Y ahora comprenderá John Gray cómo me las arreglé para atravesar el prado sin dejar huellas. Tenía curiosidad por saberlo, el pobre; pero consideré que si se lo contaba, la noticia se difundiría y acabaría en los periódicos, llegaría a Francia y entonces algún entrometido querría saber si aquel aeronauta extranjero podía acaso arrojar un poco de luz sobre los últimos momentos de monsieur Verne.

Decidí que me convenía más adoptar un nombre falso y echar raíces en Deer Lick por el resto de mis días; pero me horrorizaba la idea de ganarme la vida dando clases en la escuela indefinidamente. Así pues, cuando averigüé por casualidad que David Gray, en su testamento, había nombrado a Mary Gray heredera de todos sus bienes, engatusé a su padre con mis imaginarios esplendores y

riquezas en el extranjero e inicié mi cortejo. Un día David Gray me dejó solo en su despacho un momento y yo, husmeando por allí, encontré un testamento en cual legaba sus bienes íntegramente a un pariente lejano en lugar de a Mary. Mi amor se enfrió, y de inmediato fui a anunciar a Mary que, por su bien, intentaría arrancar ese amor de mi corazón. Pero cuando Gregory y David Gray discutieron en mi presencia, deduje que en el despacho había visto un testamento antiguo y que existía otro más reciente en el que Mary aparecía aún como única heredera. Por tanto, una vez más tomé la determinación de casarme con Mary, y me constaba que podía conseguirlo.

Aquel viejo intratable, el señor Gray, seguiría con vida y yo estaría aguardando pacientemente a que cayera muerto por causas naturales si él no hubiera cometido la estupidez de jurar que iría a casa y redactaría un nuevo testamento para desheredar a Mary. Consideré oportuno que fuera a reunirse con sus padres

en el acto. El asesinato es un recurso fácil para un hombre cuya mente se ha visto perturbada por torturas tales como las que monsieur Verne me infligió a mí. Sin pérdida de tiempo, contraté a un cómplice para que montara guardia ante la puerta de David Gray mientras yo me deshacía de él. Dicho colaborador recibiría en pago una granja. Sólo él tiene la culpa de no ser hoy un hacendado en esa encantadora e ilustrada comunidad de devotos criadores de cerdos. En fin, a medianoche cogí prestado un cuchillo del señor Gregory —ese pueblerino duerme como un lirón y ronca como una locomotora—, y quince minutos después David Gray se había retirado del servicio activo. Acababa de empezar a redactar el nuevo testamento, y si desde aquel día hasta el presente he recibido alguna muestra de agradecimiento del señor Hugh Gregory y esposa por haber interrumpido para siempre la elaboración de ese documento en su primera frase, la circunstancia ha escapado a mi

memoria. En el forcejeo me llevé un par de profundos arañazos en las manos, pero siempre usaba guantes (costumbre que sólo yo practicaba en aquella rústica región), y por tanto nadie vio las marcas. Devolví al señor Gregory el cuchillo, o al menos lo introduje en su colchón; luego cogí prestado un trozo de tela del faldón de su abrigo para colocarlo junto al cadáver, y, tras darle las buenas noches, a lo que él contestó con un ronquido, manché ligeramente de sangre su pantalón y me fui. Sabía que en la comunidad no había grandes lumbreras, y por tanto el cuchillo oculto y las manchas de sangre se interpretarían como pruebas condenatorias contra aquel roncador. Una lumbrera habría dicho: «Sólo un tonto dejaría restos de sangre en su ropa y escondería el cuchillo en su colchón, por no hablar ya de la mancha de sangre que delataba el escondrijo». Adiós, amables criadores de cerdos, me marcho de buen grado, invadido por el devorador deseo de preguntar al difunto monsieur Verne

cuántos capítulos ha escrito de su libro *Dieciocho meses en las calderas*, y a quién emplea para ir de un lado a otro y recabar datos, mientras él los exagera y disfruta del calor del fuego en sus aposentos privados. Además, quiero saber adonde fue a parar cuando cayó.